

*En aquel tiempo, se acercaron a Jesús unos fariseos y le preguntaron, para ponerlo a prueba: «¿Es lícito a un hombre repudiar a su mujer por cualquier motivo?». Él les respondió: «¿No habéis leído que el Creador, en el principio, los creó hombre y mujer, y dijo: “Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán los dos una sola carne”? De modo que ya no son dos, sino una sola carne. Pues lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre». Ellos insistieron: «¿Y por qué mandó Moisés darle acta de divorcio y repudiarla? ». Él les contestó: «Por la dureza de vuestro corazón os permitió Moisés repudiar a vuestras mujeres; pero, al principio, no era así. Pero yo os digo que, si uno repudia a su mujer - no hablo de unión ilegítima - y se casa con otra, comete adulterio». Los discípulos le replicaron: «Si esa es la situación del hombre con la mujer, no trae cuenta casarse». Pero él les dijo: «No todos entienden esto, solo los que han recibido ese don. Hay eunucos que salieron así del vientre de su madre, a otros los hicieron los hombres, y hay quienes se hacen eunucos ellos mismos por el reino de los cielos. El que pueda entender, entienda».*

Dios creó al hombre por amor y para el amor, para amar. Pero el hombre, por su inclinación al pecado, rebaja ese proyecto de Dios, y, por tanto, también las expectativas de felicidad.

Jesús vuelve a poner el listón del proyecto de Dios en su sitio. Nos recuerda que el divorcio no es la voluntad original de Dios, sino que fue permitido debido a la dureza de corazón del hombre. El amor, la paciencia y el compromiso son esenciales para construir y mantener un matrimonio fuerte y duradero.

Además, Jesús menciona la opción del celibato por el Reino de los Cielos. Algunos son llamados a vivir una vida célibe dedicada a Dios y al servicio de los demás. Esta elección también es valiosa y puede ser una forma de entregarse completamente al amor divino.

En resumen, este pasaje nos invita a reflexionar sobre la importancia de valorar y proteger el sacramento del matrimonio, cultivando un amor comprometido y duradero, según los planes de Dios, y con la gracia nueva que nos trae el Espíritu Santo.

Busquemos siempre la voluntad de Dios en nuestras vidas y en nuestras relaciones, buscando su guía y fortaleza para vivir en armonía con su plan de amor, que nos tiene que llevar a la verdadera felicidad.